

Alcances de la libertad, la conciencia y el autoconocimiento a partir del reconocimiento del otro.

La reflexión filosófica nos invita a cuestionar nuestro lugar en el mundo y la manera en que nos relacionamos con el otro y lo otro; la ética, en particular, nos permite cuestionar nuestras acciones y decisiones. Lo anterior no es una labor sencilla, ya que implica un ejercicio de introspección y concientización, el cual entraña otra serie de planteamientos como la noción de hombre y la comprensión de nosotros mismos. Este tipo de preguntas suelen ser angustiantes para todo ser humano aténgase la edad que se tenga, pero se acrecienta cuando se es joven. Durante la juventud no se tiene plena conciencia de las implicaciones de la libertad y es fácil dejarse llevar por los comentarios sociales sin tener un criterio propio. Acá radica la importancia de la labor ética en la educación media superior: la ética no es edificante, pero sí orientadora.

Es importante construir una idea de hombre porque de ello dependerá el tipo de ética que se adopte. En el caso de Sócrates, por ejemplo, la idea de hombre tiene su cumplimiento en el sabio, es decir, el virtuoso, el que conoce el bien. En consecuencia, el que actúa mal lo hace por ignorancia, es decir, por desconocimiento del bien. Sócrates retoma dos imperativos atribuidos al oráculo de Delfos: “Conócete a ti mismo” y “Nada con exceso” (Beuchot, 2010). Al respecto, Mauricio Beuchot refiere que: “Ello habla de una introspección de autognosis, lo cual da un carácter intelectualista a su ética; y también de la moderación o proporción de las virtudes. El intelectualismo consiste en que, si alguien conoce el bien, no puede hacer el mal; por eso el hombre tiene que ser sabio. Sólo el ignorante es malo; el sabio busca siempre el bien” (Mauricio Beuchot, 2010, 12).

Conocerse a nosotros mismos implica identificar nuestras capacidades y habilidades, pero se refiere también a plantear objetivos, lo que conlleva a reconocer nuestros límites; es decir, saber qué acciones sí podemos efectuar y cuáles no. Por supuesto, una acción se efectúa a partir de cierta escala de valores, la cual frena mi decisión o la alienta. Dichas decisiones están ligadas a nuestra conciencia, la cual permite visualizar, entre otras cosas, las consecuencias de nuestras acciones.

¿De qué va la conciencia? La conciencia no es algo que nos ganemos en un sorteo ni que se pueda comprar en una tienda; tampoco se adquiere por decreto ni se tiene de manera innata. La conciencia se refiere a estar atentos, de percatarnos de lo que está sucediendo o de lo que puede suceder. Alude al diálogo que llevamos a cabo con nosotros mismos, nuestros pensamientos, nuestras reflexiones y decisiones. Suele entenderse como esa voz interna que emite un juicio sobre nuestras acciones; se manifiesta cuando hacemos algo bueno o malo. En palabras de Fernando Savater (1991) la conciencia consiste fundamentalmente en cuatro rasgos:

- 1) Saber que no todo da igual.
- 2) Estar dispuestos a fijarnos en que si lo que hacemos corresponde realmente a lo que queremos o no.
- 3) Desarrollar el gusto moral de manera que nos resulte asqueroso comportarnos inmoralmente.
- 4) Reconocer que somos libres y por tanto responsables de las consecuencias de nuestros actos.

Con base en estos aspectos, es evidente que el despertar de la conciencia requiere de nuestra atención y esfuerzo individual; y, agregaría, solicita de la voluntad de escucharnos y sentirnos a nosotros mismos. Escuchar nuestro pensamiento cuando actuamos de manera impertinente e irrespetuosa o bien cuando actuamos asertivamente. Sentir orgullo y tranquilidad cuando hacemos algo bueno o bien remordimiento y sobresalto cuando procedemos de manera inadecuada o poco conveniente (lo que podríamos decir actuar mal).

Algún osado podría decir que todo ser humano tienen una conciencia cotidiana, es decir, que la adquiere en la vida diaria y que no requiere de ningún tipo de formación académica y, por tanto, las clases de ética resultan innecesarias. Sin embargo, en palabras del maestro Sánchez Vázquez (1969), la conciencia de ese tipo es una conciencia falsa, que acepta las relaciones de poder y la división de clases sociales sin un lente examinador o cuestionador. Contrario a ella está la conciencia reflexiva y crítica la cual es fundamental para comprender la realidad social. Dicha conciencia permite comprender las estructuras de poder y las relaciones de explotación que caracterizan la sociedad capitalista.

El sistema capitalista se alimenta del consumismo, éste se nutre de los anuncios publicitarios y las estrategias de venta. Pero ¿quién ve algo de malo en comprar un par de zapatos o un teléfono último modelo?, ¿cuál es el problema de que las personas compren en tiendas muy caras? Si enfocamos el lente ético podríamos preguntar: ¿en qué deberíamos gastar nuestro dinero?, ¿por qué comprar lo que no necesito implica una serie de consecuencias morales?

A simple vista no hay nada de malévolo en el *slogan* “Compre ahora, pague después”, pues mantiene viva la economía de los países y, además, genera satisfacción en quienes consumen. El “Buen fin”, “La nocturna de Liverpool” y “Julio regalado”, por mencionar algunos, son periodos de ofertas y descuentos en México, cada uno posee características propias y sirven para estimular el consumismo. Las estrategias de mercado funcionan a la perfección dentro del sistema; lo que importa para los economistas es que el dinero genere más dinero. El economista y el empresario no ven inconveniente en que la gente adquiera productos que no necesita, ya que lo que importa es gozar de esa “felicidad” prometida. Situaciones como la antes descrita es de la más común en los entornos sociales de nuestra ciudad; no es de extrañar que los padres de los jóvenes vayan de *shopping* con su familia, coman en *Mc. Donalds* y tomen café en *Starbucks*. La sociedad de consumo se mantiene viva porque defiende la promesa de satisfacer los deseos humanos. Lo lamentable es que dicha satisfacción sólo es momentánea, la felicidad es

inalcanzable y todo requiere renovación. La sociedad, por su parte, al realizar una nueva compra, hace permanente la insatisfacción. El síndrome consumista ha degradado a la duración y ha ascendido a la fugacidad. Zygmunt Bauman lo dice del siguiente modo: “Esa promesa de satisfacción sólo puede resultar seductora en la medida en que el deseo permanece insatisfecho o, lo que aún es más importante, en la medida en que se sospecha que ese deseo no ha quedado plena y verdaderamente satisfecho” (Bauman, 2005, 109).

Los objetos adquiridos se vuelven obsoletos poco tiempo después de haberlos adquirido, pero eso es lo de menos, lo importante es que me permitieron disfrutar el momento y tener una gran experiencia. La sociedad está llena de exceso y derroche, llena de superficialidad y gasto. Bauman afirma:

El consumismo es por ese motivo, una economía de engaño, exceso y desperdicio. Pero el engaño, el exceso y el desperdicio no son síntomas de su mal funcionamiento, sino garantías de su salud y el único régimen por el que se puede asegurar la supervivencia de una sociedad de consumidores [...] Para mantener vivas las expectativas y para que las nuevas esperanzas ocupen enseguida el vacío dejado por las ya desacreditadas y descartadas, el trecho desde el comercio hasta el cubo de basura debe ser corto y la transición muy rápida (Bauman, 2005, 111).

Bauman asegura que la Modernidad es líquida, es decir que los aspectos sociales y económicos no tienen manera de sostenerse, demandan fluidez y transformación. Todo cambia: las relaciones laborales, las experiencias religiosas, las preferencias sexuales. El síndrome consumista se apodera también de las relaciones y vínculos interpersonales, los cuales se conciben y construyen efímeramente. “Los consumidores, acostumbrados a bienes de consumo que envejecen de prisa y son pronto reemplazados, acaban considerándolas un engorro y una pérdida de tiempo, pero, aunque, pese a todo, decidan continuar con ellas, carecerán de las habilidades

y los hábitos necesarios para mantenerlas” (Bauman, 2005, 118). La permanencia implica estancamiento, retroceso, precariedad; por eso, las relaciones humanas también se vuelven obsoletas. Los amigos son temporales y los matrimonios tienen fecha de caducidad. Muy lejos quedó la sentencia: “para toda la vida” o “hasta que la muerte nos separe”.

Es común ver que los jóvenes de bachillerato se relacionan desde la conveniencia, esperando obtener algo material del otro. La amistad o el noviazgo se acaba cuando ya no obtienen nada, entonces ya no sirven y es necesario desecharlos y sustituirlos. El tejido social se construye sobre esa base y parecería que no queda otra alternativa más que aceptarla; sin embargo, la aceptación no implica tranquilidad, sino sufrimiento cuando son otros seres humanos los objetos de consumo. Las cosas tienen un final bien definido, solo duran un periodo y ni un momento más; en cambio, no sucede así con las interacciones humanas.

Cada encuentro deja tras de sí el sedimento de un vínculo humano y ese sedimento va acumulándose con el tiempo, enriquecido con recuerdos de unión personal. Cada encuentro supone tanto una conclusión como un nuevo inicio: la interacción no tiene un «final natural». La única manera de poner fin es de manera artificial y no está, ni mucho menos, claro quién está facultado para decidir cuándo ha llegado ese momento, ya que (aplicando conceptos consumistas), en una interacción humana, ambas partes son, simultáneamente, consumidores y objetos de consumo, y ambas pueden reclamarse en posesión de la «soberanía del consumidor» (Bauman, 2005, 143).

Ante este panorama resulta necesario invitar a los jóvenes a reflexionar sobre la manera en que se relacionan con el otro; comenzando primero a cuestionar quién es y por qué es valioso. El respeto que el otro merece resulta ajeno para alguien que ha crecido en una sociedad en donde reina el individualismo, en un país que

desprecia al migrante y en un mundo en donde el racismo, clasismo y discriminación son fomentados. La filosofía ofrece una nueva manera de mirar y mirarnos; un modo distinto de vivir.

Ahora bien, las clases de matemáticas son necesarias porque en ellas se proporcionan herramientas para resolver una ecuación, ni qué decir de las clases de química en donde enseñan a distinguir los riesgos de un líquido inflamable. Así, las clases de ética son imprescindibles porque ellas son el espacio para la reflexión y el conocimiento de, entre otras muchas cosas, nosotros mismos y nuestra relación con los demás. El quehacer filosófico es sistemático, implica tanto el saber conceptual (disciplinar) como el saber metodológico (práctico) y juntos fortalecen un saber para la vida. Consideramos preferible que sea un licenciado en filosofía quien proporcione a los jóvenes de educación media superior los contenidos propios de su campo de estudio, ya que, partiendo del dominio de éstos, pueden implementarse estrategias didáctico-pedagógicas que contribuyan a la formación integral del ser humano. No se trata solo de quedarse en la teoría, sino de saber-hacer para saber-ser. Para ello es necesario adquirir un aprendizaje significativo que se practique en la cotidianidad; es decir, que rebase las paredes del salón de clases y que el estudiantado lo asuma como parte de su vida. La ética no busca la memorización de los valores, sino su práctica; no le interesa sólo comprender que la libertad implica responsabilidad, sino que los jóvenes se hagan cargo de las consecuencias de sus actos. La ética pretende fundamentar nuestras decisiones, las cuales deben ser tomadas conscientemente; así, podremos saber que nuestras acciones, por muy inocentes que parezcan implican consecuencias no solo para mí sino para otros.

Los miembros de una sociedad no valen por su poder adquisitivo ni por su capacidad con relación al consumismo. No somos lo que poseemos ni valemos por lo que tenemos. La sociedad nos ha hecho creer una serie de supuestos falaces que nublan nuestro entendimiento y, entonces, es más fácil aceptar lo que dicen los medios de comunicación, los tuiteros y los *influencers*. Cabe señalar que estos

personajes se hallan inmersos en el síndrome consumista que alude Bauman y venden una imagen en donde los lujos, el poder y el exceso se enaltecen; en donde se viralizan las tendencias y en donde la imagen está en constante renovación. “El latiguillo de nuestro tiempo es la «flexibilidad»: toda forma debe ser maleable, toda situación debe ser temporal y toda figura debe ser reconfigurable. Esa forma de re-formación obsesiva y adictiva constituye tanto un deber como una necesidad” (Bauman, 2005, 127).

¿Cómo hacer frente a lo anterior?, ¿cómo persuadir al estudiantado de que los *youtubers* persiguen intereses económicos y que el ser un *influencer* está muy lejos de ser un profesionalista?, ¿cómo convencemos de que *El temach* difunde contenido misógino y el “Fofó” Márquez es un feminicida (más cerca del acto que de la potencia). La juventud está más preocupada por la farándula que por la Guerra en Franja de Gaza o el campo de exterminio en Teuchitlán. Nuestros estudiantes desconocen las condiciones de vida de los indígenas de nuestro país, la cantidad de migrantes que son deportados de Estados Unidos, la precariedad de las condiciones laborales de niños que son obligados a trabajar, el despojo de tierras y explotación de recursos naturales que los gobiernos capitalistas han cometido. Acá volvemos nuevamente a lo mencionado en un principio, es necesaria la conciencia crítica y reflexiva que nos permita visualizar el problema y hacer algo en consecuencia.

La sentencia es concisa: la conciencia conlleva a la acción. Por ejemplo, si estoy consciente de que tengo bajo rendimiento académico, entonces comienzo a hacer algo al respecto. La conciencia misma es la que me permite reconocermelo como un ser libre que puede decidir entre cruzarse de brazos o poner manos a la obra; llorar y arrepentirme o buscar soluciones. Recurriendo al pensamiento sartreano, es necesario que los estudiantes reconozcan su existencia humana como “ser para sí”, la cual se caracteriza por la conciencia de sí mismo, la libertad de elegir y definir su propia existencia.

Seguendo a Sartre, para entender la existencia humana es fundamental la conciencia del “otro”, el cual no es un ser externo, sino una fuerza que define nuestra conciencia y nuestra libertad. El vínculo que establezco con el otro es una vía de reconocimiento y de posibilidades; a través del otro me encuentro y me identifico. Incluso la identidad se construye con el otro porque la mirada del otro es un espejo de ella. El otro nos ayuda a comprender quiénes somos y cómo somos percibidos por los demás. La presencia del otro modifica mi conducta y mi entorno; además conlleva responsabilidad con él. El ser humano aparece como un ser para otro, lo que significa su relación con otro ser que no es él y se manifiesta reflexivamente en la conciencia de sí. Encontramos al otro, no lo construimos ni lo compramos; dicho encuentro se da en el mundo al cual pertenecemos mutuamente. Dice Sartre: “tengo necesidad del otro para captar plenamente todas las estructuras de mi ser, el para sí remite al para otro” (Sartre, 1979, 277). Es indispensable señalar que, así como yo, el otro también demanda libertad; tal situación implica encuentros y desencuentros con otros que requieren ser reconocidos. El diálogo que establecemos con el otro permite el reconocimiento mutuo y el ejercicio de la libertad de ambos. Lo contrario al “ser para sí” es el “ser en sí”, el cual no tiene una existencia humana, sino cosificada; no tiene conciencia de sí ni capacidad de elección. Concibe al otro como alguien competitivo que no le significa.

Las clases de ética en el bachillerato permitirán la comprensión de sí mismo y de los alcances de su libertad. Si los espacios de reflexión, lectura y análisis filosóficos se limitan, también se limitará la responsabilidad que tenemos con nosotros mismos y con los otros.

En las últimas décadas, autores como Peter Singer o Hans Jonas han realizado fuertes críticas a la ética antropocéntrica, la cual coloca al humano como centro de todas las problemáticas: derechos humanos, valores, dignidad, conocimiento, respeto, etc. La ética antropocéntrica sostiene que el humano es el ser más importante de todos los que habitan el planeta y entraña un especismo. Singer (1975) define al especismo como un prejuicio o actitud de parcialidad a favor

de los intereses de los miembros de la propia especie y en contra de los miembros de otras especies. En este sentido, el humano decide, de manera parcial, como ya se señaló, quién vive y quién muere. Este filósofo se ha convertido en un arduo defensor de la vida, sea humana o no humana. Propone una ética no antropocéntrica, la cual elimina al hombre del foco de atención y coloca a los seres vivos. Apela a la capacidad de sufrir como un criterio moral fundamental para evaluar la consideración que merecen todos los seres con vida. De este modo, Singer abre una discusión más amplia en torno a nuestras acciones. Ahora ya no basta con cuestionar el vínculo que establezco con el otro humano, sino también analiza la relación que tengo con lo no humano. Cada ser viviente busca su propio bien en su propia manera exclusiva.

Sin embargo, lo que plantea Singer no compagina con los intereses de las grandes empresas productoras de huevo o las vendedoras de carne, las cuales, ante la demanda del consumidor, producen en exceso causando dolor y maltrato a los animales. Las condiciones en que los tienen parecen no ser justificable, y nosotros, como consumidores, somos corresponsables de ello. Culturalmente, el consumo de carne es necesario para mantener buena salud, pero ¿de qué manera justificamos el maltrato animal a costa de la “salud” humana?, ¿no deberíamos de considerar el sufrimiento que se causa a otras especies para decidir si es moralmente justificable consumirlas? La frase que encierra la defensa del principio moral es sencilla: “veneración por la vida”. Albert Schweitzer defendió su ética con estas palabras:

La verdadera filosofía debe comenzar con los hechos más inmediatos y comprensivos de la conciencia. Y esto se puede formular de la siguiente forma: “Yo soy vida que desea vivir, y existo en medio de la vida que desea vivir” [...] Por tanto, la ética consiste en eso, que yo experimente la necesidad de practicar la misma veneración por la vida hacia todo deseo de vivir que hacia la mía propia. De ahí que ya tenga el fundamental y necesario principio de moralidad. Es bueno mantener y

amar la vida; es malo destruirla y detenerla. (Schweitzer, citado por Singer, 1984, 346).

La ética no antropocéntrica es más incluyente, considera que toda forma de vida merece vivir; entonces, la labor del humano está en defender y velar por las vidas no humanas. Esa es nuestra responsabilidad con el otro porque nos reconocemos también a través de los animales. La producción inmoderada de carne para consumo humano encaja con la idea consumista que hemos abordado al inicio de esta ponencia. Al final, todos los temas se hallan entrelazados porque nos encontramos dentro del mismo sistema. Por su puesto que la relación con lo otro también es importante, entendido eso otro como el contexto en el que se desenvuelve el nosotros.

La labor filosófica permite cuestionar lo que está a nuestro alrededor y también nos interpela por lo que somos y hacemos en dicho entorno. Es evidente que los vínculos interpersonales requieren reconstruirse, que necesitamos ver al otro como alguien con quien puedo alcanzar objetivos y crear comunidad. No pretendemos cambiar el mundo de un plumazo, pero sí cambiar en el mundo y así incidir en la construcción de un mundo distinto.

La ponencia ha cuestionado las formas de relación interpersonal, ha mencionado la relevancia de la libertad y la conciencia como valores que permitan el autoconocimiento y una posibilidad para construir nuevos vínculos. Por un lado, se han planteado las consecuencias de la Modernidad líquida y se ha manifestado la urgencia de cambiar de paradigma. Hemos insistido en que el síndrome consumista se manifiesta en diferentes ámbitos y en todos ellos apela al enaltecimiento del dinero, el despilfarro, el adorno, la fama y el poder. Para poder hacer frente a todo ello será necesario utilizar anteojos con aumento ético. Así, podremos ver lo que sucede, identificar sus consecuencias, plantear una solución y comprometernos.

Me gustaría cerrar esta ponencia aludiendo a Antístenes, discípulo de Sócrates y a quien se le atribuye la fundación de la escuela cínica, él ponía como virtud la simplicidad de la vida; renunciaba a la riqueza, al placer, al ornato y al poder. “El ideal del sabio es la autosuficiencia, la independencia, que se logra con el dominio de sí mismo. El sabio no debe dejarse dominar por el atractivo de las riquezas ni de los placeres. El que se deja dominar por sus pasiones es como el que monta en un caballo desbocado, que no va a donde él quiere, sino a donde éste le arrastra” (Guillermo Fraile, 1990, 271). La ideología de los cínicos nos abre puertas a otras formas de concebirnos, considero que vale la pena su lectura y estudio en nuestras clases de ética.

Bibliografía

- Beuchot, M. (2010). *Breve historia de la ética*. Torres Asociados.
- Fraile, G. (1990). *Historia de la Filosofía I. Grecia y Roma*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Sánchez Vázquez, A. (1969). *Ética*. Grijalbo.
- Sartre, J. P. (1979). *El ser y la nada*. Losada.
- Savater, F. (1991). *Ética para Amador*. Ariel.
- Singer, P. (1975). *Liberación animal*. Taurus.
- Singer, P. (1984). *Ética práctica*. Universidad de Cambridge.